

A tesoro regalado no se le mira el colmillo

Las metamorfosis del oro. El Tesoro de los Quimbayas

PABLO GAMBOA HINESTROSA
Taurus, Penguin Random House,
Bogotá, 2020, 400 pp.

¿QUÉ TIENE que ver el hallazgo de unos guaqueros en las montañas colombianas con los amoríos de un presidente de la República y una joven reina de la casa Habsburgo? Todo, según el autor de esta investigación. El hallazgo del tesoro quimbaya, inédito por su profusión —122 piezas que llegaron a pesar unos cien kilogramos de oro— y la perfección de sus acabados, le vino como anillo al dedo a Carlos Holguín Mallarino, mandatario designado, que estaba en los afanes de última hora para “dejar en alto el nombre del país” en la exposición del IV Centenario del Descubrimiento de América, que se celebraría en el otoño madrileño de 1892. En un mensaje enviado al Congreso, Holguín habló por primera vez de la adquisición del tesoro, presentando la noticia con frases almibaradas, como buen político colombiano. Dijo que el tesoro es una “muestra del mayor grado de adelanto que alcanzaron los primitivos moradores de nuestra patria” y que “como obra de arte y reliquia de una civilización muerta, esta colección es de un valor inapreciable” (p. 194). Al final del mensaje, abrió la envoltura del regalo envenenado: lo compró a unos coleccionistas caldenses para que representara al país en las exposiciones de Madrid y Chicago, y para donarlo luego a la reina regente de España, doña María Cristina, como agradecimiento por un laudo fronterizo favorable a Colombia. Con la envoltura del dulce, se abrió un litigio que no se ha cerrado.

Este es un libro intelectual —por momentos es un ensayo, un libro de arqueología, un cuaderno de historia del arte, un informe de investigación—, académico, reflexivo, pero no por ello poco fascinante. En la urdimbre de un tesoro precolombino y la investigación seguida por el narrador hay aventura y la emoción —que poco a poco se convierte en indignación— de ir descubriendo hechos, datos y testimonios a medida que avanza una búsqueda. Una especie de trama policíaca sin muertos

ni verdugos: un detective, que es el narrador, va uniendo piezas, encontrando itinerarios. ¿De qué? De esa obra de maestros orfebres precolombinos con el tiempo presente. De esa hidra incontenible que fueron la clase política colombiana y la diplomacia cultural internacional de la posguerra. Del camino que va de las naves de Colón al Museo de América en Madrid. De la entrada del mundo en una era moderna cuyo vestigio más conmovedor y aventurado es negociar los relatos de su pasado.

Al tiempo, es una reflexión sobre la creación artística, sobre la manera en que una nación elabora su identidad y es capaz de mirarse en el espejo del patrimonio porque allí, al fin, puede descubrir su verdadero rostro, el rostro de un frustrado retorno y de un pasado saqueado. Escribe el autor:

El Tesoro de los Quimbayas significa para Colombia lo que el busto de Nefertiti, en el Museo Egipcio de Berlín, significa para Egipto; lo que los frisos del Partenón, en el Museo Británico, significan para Grecia, o lo que significó el *Guernica* de Picasso, como símbolo de identidad y patrimonio artístico nacional, español, mientras permaneció en París [y en Nueva York, hasta 1981], antes de que lo devolvieran. (p. 398)

La frase suena reivindicativa, pero es justa y pertinente al menos para los lectores: con este libro, el profesor Pablo Gamboa Hinestroza (Bogotá, 1939) ajusta cuentas con la historia del arte, y con sus anteriores aventuras editoriales: hace poco menos de dos décadas publicó *El Tesoro de los Quimbayas. Historia, identidad y patrimonio* (Planeta), libro en el que da las primeras puntadas sobre las 122 piezas que pasaron de mano en mano hasta llegar a los recintos privados del Real Alcázar de Madrid. En aquel libro, el profesor Gamboa examina el valor arqueológico, orfebre y patrimonial del tesoro, e intenta ubicarlo en una especie de historia del arte precolombino: examina su técnica, sofisticación, materiales, la forma en que los artistas prehispánicos hacen del oro la materia de sus artefactos. Al hacer del tesoro de los quimbayas un cruce de caminos académicos, las posibilidades se bifurcan y nuestro

caminante no tiene más opción que echar a andar. Delante de él están el camino, las metamorfosis, la vida.

Esta capacidad de poner en diálogo varios saberes le vino seguramente de sus años como estudiante aplicado del eminente Giulio Carlo Argan (1909-1992), historiador y crítico de arte italiano, uno de los mayores eruditos del siglo XX y, por si fuera poco, inspector de los museos del Estado y alcalde de la Ciudad Eterna en los setenta, cuando la Roma parecía andar del timbo al tambo y buscaba un lugar en el mundo. En la Universidad de Roma La Sapienza, Gamboa conoció —y recorrió: cada calle en Roma es un libro abierto— los análisis de la historia de la arquitectura y las reelaboraciones conceptuales para renovar la mirada sobre los tesoros clásicos, renacentistas y barrocos de ese museo al aire libre que es Roma. En los cafés y las noches romanas, Gamboa entendió que el presente relee el pasado. André Malraux —un escritor clave para el autor— plantea en su libro *El museo imaginario* (1976) que es la mirada contemporánea la que descubre aspectos de otros tiempos que hasta ahora habían sido olvidados. El fluir del pasado en el presente. Eso aprendió Pablo Gamboa en sus mejores años como aplicado bohemio: que la belleza puede ser aquello que podemos evocar. Quizás la belleza —como dijo Juan Esteban Constaín— es otro nombre para la memoria.

El libro está dividido en cuatro partes: “El oro de Colón”, “Historia del Tesoro de los Quimbayas”, “Arte y orfebrería” y “El tesoro artístico”, y un apéndice de fotografías de Juan Mayr Maldonado, donde el lector puede examinar algunas de las 17 piezas en un plano medio y varios detalles. Son fotografías con un fondo negro que realza el brillo dorado —“el color del sol”, escribe Pablo Gamboa— de las piezas y que, claro está, despejó el camino para la portada: una figura masculina, sentada, que exhibe un pequeño miembro viril circuncidado. En estos cuatro capítulos publicados con el sello editorial Taurus, de Penguin Random House, Gamboa se presenta como el Sherlock Holmes capaz de encontrar pistas y resolver intrigas:

En realidad, el gobierno de Holguín los hizo comprar [el tesoro] por la suma de 70.000 pesos, precio

HISTORIA		RESEÑAS
<p>entonces muy alto. En 1889, dos años antes, Colombia no había participado en la Exposición Universal de París porque carecía de este presupuesto. (p. 176)</p> <p>Dos páginas más adelante, encontramos la nuez de su investigación, lo que hoy llamaríamos “un as bajo la manga”:</p> <p>Desconociendo la Constitución de la Regeneración [1886], pero cumpliendo los designios presidenciales de Carlos Holguín, dos ministros de su gabinete, el de Relaciones Exteriores y el de Fomento, firmaron “en nombre del gobierno” con Fabio Lozano T., un particular de Ibagué que le vendió al “Gobierno” una colección de objetos de oro que “hubo por compra” a Domingo Álvarez [...]. En este caso, el Tesoro es “un bien particular” que se pone en venta y se compra entre particulares. (p. 185)</p> <p>La tesis que plantea el profesor Gamboa, acorde con sus investigaciones y su buen ojo –y olfato–, nos llega como una noticia que no ha envejecido y que lleva en su corazón, eso que el genial Alfredo Iriarte supo identificar burlescamente: la carga de chiste y tragedia que parece teñir todo lo que está por debajo del trópico de Cáncer, de nuestra historia nacional.</p> <p>Siguiendo el sistema de Vedovelli-Breguzzo, yo diría que el Tesoro “se infló”, para acrecentar su valor comercial y artístico. Este personaje italiano actuó, en primera instancia, como un intermediario nacional e internacional del Tesoro, pero ahora, para evitar que se siga propagando este error sin ninguna crítica, aclaro que, según el documento de donación, el Tesoro de los Quimbayas consta de 122 piezas de orfebrería. (p. 187)</p> <p>La exactitud es una de las características de este libro, pues mide y describe cada una de las piezas del tesoro con la puntualidad de un auxiliar contable y la precisión de los buenos etnógrafos. No desperdicia adjetivos, disfruta de la belleza que tiene “en sus manos”. Lo escribo entrecomillado porque este libro también funciona como portavoz de un grito desesperado de su autor, un</p>	<p>llamado a la lucha, al retorno de lo que es nuestro. “Devolved el Tesoro” es el apéndice de esta investigación. La frase tiene un tufillo agitador y romántico, como el musical de <i>Los miserables</i> que busca la justicia por medio de la palabra, y los cantos subversivos. Es una obra ambiciosa, polifónica, universal. (Un buen antecedente es el libro <i>Los muiscas</i>, de Carl Henrik Langebaek.) Está animada por el arte y el respeto al patrimonio y los relatos históricos. Es Cultura, con mayúsculas.</p> <p style="text-align: center;">Fernando Salamanca</p>	